

## BIENAVENTURADOS LOS LIMPIOS DE CORAZÓN

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios (Mt 5, 8)

«¡Qué bueno es Dios para el justo, Dios para los limpios de corazón!» (Sal 73, 1)

Una vez más comprobamos que los términos de las bienaventuranzas está en clara continuidad con el vocabulario de los salmos. Por ello es interesante notar cómo Jesús da plenitud en la novedad a la fe orante de su pueblo. En efecto, la dicha del salmista, bien distinta a la del sabio griego, tiene su raíz en la fe, en la confianza personal en Dios y en el acatamiento de sus preceptos. «Dichoso el que, con vida intachable, camina en la ley del Señor; dichoso el que, guardando sus preceptos, lo busca de corazón; el que, sin cometer iniquidad, anda por sus senderos». (Sal 119 1-3)

El corazón en la perspectiva de la Biblia es la sede de la vida íntima de la persona: su pensamiento, su memoria, sus sentimientos, sus decisiones provienen del corazón. El salmista, tras recordar que Dios sondea el corazón, añade: «Mi escudo es Dios, que salva a los rectos de corazón». (Sal 7, 11) «Sálvanos, Señor, que se acaban los buenos, que desaparece la lealtad entre los hombres: no hacen más que mentir a su prójimo, hablan con labios embusteros y con doblez de corazón». (Sal 12, 2-3) El corazón del salmista puede estar apenado o alegre, según Dios se muestre a su pueblo. «Los mandatos del Señor son rectos y alegran el corazón; la norma del Señor es límpida y da luz a los ojos... Que te agraden las palabras de mi boca, y llegue a tu presencia el meditar de mi corazón, Señor, Roca mía, Redentor mío». (Sal 19, 9.15) Así se habla del deseo del corazón de Dios y del deseo del corazón del rey (Sal 20 y 21). «El hombre de manos inocentes y puro corazón, que no confía en los ídolos ni jura con engaño», (Sal 24, 4) es el que subirá al monte del Señor y estará en el recinto sacro.

El salmista pide también a Dios que ensanche su corazón, que sondee sus entrañas y su corazón. La seguridad del orante se halla realmente en la comunión con Dios: «Si un ejército acampa contra mí, mi corazón no tiembla; si me declaran la guerra, me siento tranquilo... Oigo en mi corazón: "Buscad mi rostro". Tu rostro buscaré, Señor» (Sal 27, 3.8) Para cerrar este breve recorrido por algunos salmos, he aquí una de las más preciosas invocaciones del salmista.

No me arrebatas con los malvados ni con los malhechores, que hablan de paz con el prójimo, pero llevan la maldad en el corazón... Bendito el Señor, que escuchó mi voz suplicante; el Señor es mi fuerza y mi escudo: en él confía mi corazón; me socorrió, y mi corazón se alegra y le canta agradecido. (Sal 28)

Los evangelistas usan el término corazón en la rica acepción de los salmos. Cito algunas expresiones bien conocidas de todos nosotros. Con María cantamos: «dispersa a los soberbios de corazón». Ella «conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón». Jesús se presenta «manso y humilde de corazón». En referencia al pueblo y los discípulos «De lo que rebosa el corazón habla la boca». «Estaba embotado el corazón de este pueblo». «Su corazón está lejos de mí». «La dureza de vuestro corazón». «Ha cegado sus ojos y endurecido sus corazones, para que no vean con sus ojos y entiendan con su corazón y se

conviertan y yo los cure». «Amarás a Dios con todo tu corazón». «Del corazón del hombre, salen los pensamientos perversos...». «Y no duda en su corazón». La palabra de Dios ha de ser acogida «con corazón noble y generoso», para que dé fruto. «Donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón». «Meteos esto bien en el corazón» «Ya el diablo había suscitado en el corazón de Judas...». «No se turbe vuestro corazón, creed en Dios y creed también en mí». «Que no se turbe vuestro corazón ni se acobarde». «La tristeza os ha llenado el corazón». «Y se alegrará vuestro corazón». «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?». «¿Por qué surgen dudas en vuestro corazón?».

Y así podríamos recorrer el resto de los escritos del Nuevo Testamento. La conclusión es clara y sencilla: El corazón es la sede de la vida íntima del ser humano: pensamiento, memoria, sentimientos, decisiones...etc. acontecen en el corazón. Dios, por una parte, ve el corazón, fuente de donde brota el exterior. «Pero el Señor dijo a Samuel: No te fijes en su apariencia ni en lo elevado de su estatura, porque lo he descartado. No se trata de lo que vea el hombre. Pues el hombre mira a los ojos, mas el Señor mira el corazón» (1Sam 16, 7) Y, por otra parte, Dios actúa en el corazón de unos y otros. «Con él se fueron los valientes a quienes Dios había tocado el corazón». (1Sam 10, 26) Dios cambia el corazón. En otros momentos endurece el corazón, como se recuerda en la historia de Faraón: Dios endurece su corazón de forma que primero no deja salir a sus esclavos y luego, una vez que los apremia a salir, los persigue y sus tropas perecen en el Mar rojo. El Señor, por otra parte, busca para su servicio a quien es según su corazón. Pero hagamos nuestro recorrido y contemplación, como hemos hecho en las otras meditaciones, para ahondar en el sentido de la bienaventuranza de los limpios de corazón que nos ofrece la posibilidad de ver a Dios, de llegar a nuestra plena unión con Dios. En la primera carta de san Juan nos encontramos con esta afirmación:

Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! El mundo no nos conoce porque no lo conoció a él. Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es. Todo el que tiene esta esperanza en él se purifica a sí mismo, como él es puro. (1Jn 3, 1-3)

Para concluir esta introducción a nuestra meditación, he aquí un texto significativo de san Agustín sobre la importancia de un corazón limpio, puro, para ver a Dios, que constituye según el santo el fin de nuestro amor.

Escucha lo que sigue: «Bienaventurados los limpios de corazón, es decir los que tienen un corazón limpio, porque ellos verán a Dios». Este es el fin de nuestro amor: el fin por el que somos perfeccionados, no por el que somos consumidos. El alimento tiene un fin, el vestido tiene un fin; el pan porque se consume al comerlo; el vestido porque se perfecciona al tejerlo. Uno y otro tienen un fin: pero un fin concierne a la consunción, y el otro a la perfección. Lo que hacemos, aunque sólo lo que hacemos bien, lo que construimos, lo que con ardor anhelamos de forma loable, lo que deseamos irreprochablemente, lo dejaremos de buscar cuando llegue la visión de Dios. ¿Qué busca el que está junto a Dios? ¿O que bastará a quien no le basta Dios? Queremos ver a Dios, buscamos ver a Dios, ardemos por ver a Dios. ¿Quién no? Pero observa lo que se dijo: «Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios». Prepárate para verlo. Me serviré del ejemplo del cuerpo: ¿por qué deseas la salida del sol cuando tienes los ojos enfermos? Si los ojos están sanos, la luz será también un gozo; si los ojos no están sanos, la luz será un tormento. No se te dejará ver con el corazón impuro lo que sólo se puede ver con el corazón puro. Serás alejado, serás apartado, no verás. (Sermón 56, 1-6)

## I.- LIMPIEZA DE CORAZÓN Y VISIÓN DE DIOS EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

La promesa que conlleva esta bienaventuranza corresponde al deseo supremo del hombre del Antiguo Testamento, tal como se expresa en la historia de Moisés, Elías y el salmista. De todos son bien conocidos los pasajes siguientes. Moisés pide ver la gloria del Señor y este le responde que nadie puede ver su rostro y quedar con vida:

Entonces, Moisés exclamó: «Muéstrame tu gloria». Y él le respondió: «Yo haré pasar ante ti toda mi bondad y pronunciaré ante ti el nombre del Señor, pues yo me compadezco de quien quiero y concedo mi favor a quien quiero». Y añadió: «Pero mi rostro no lo puedes ver, porque no puede verlo nadie y quedar con vida». Luego dijo el Señor: «Aquí hay un sitio junto a mí; ponte sobre la roca. Cuando pase mi gloria, te meteré en una hendidura de la roca y te cubriré con mi mano hasta que haya pasado. Después, cuando retire la mano, podrás ver mi espalda, pero mi rostro no lo verás». (Ex 33, 18-23)

Elías se cubrió el rostro con el manto al paso del Señor en la brisa y escuchó su voz (1Re 19, 9-14). Para el salmista la visión de Dios es su deseo, alegría y suprema esperanza. «Porque el Señor es justo y ama la justicia: los buenos verán su rostro». (Sal 11, 7) «Pero yo con mi apelación vengo a tu presencia, y al despertar me saciaré de tu semblante». (Sal 17, 15) «¡Cómo te contemplaba en el santuario viendo tu fuerza y tu gloria! Tu gracia vale más que la vida, te alabarán mis labios». (Sal 63, 3-4) Ver a Dios en el reino eterno, ser admitido en su santa presencia sin morir es la esperanza del creyente. Algunos rabinos pensaban que se comenzaba a ver a Dios en el estudio de las Escrituras. Es interesante esta advertencia.

El deseo de la fe israelita y de la humanidad entera se condensa en la petición de Felipe a Jesús en el cenáculo: «Señor, muéstranos al Padre y nos basta». (Jn 14, 8) El evangelista Juan concluye su prólogo con esta afirmación: «A Dios nadie lo ha visto jamás: Dios unigénito, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer». (Jn 1, 18)

Pasemos ahora a precisar qué se entendía, en el Antiguo Testamento, por un corazón limpio, puro, inocente. No se trata de un ideal inaccesible, esto es, de un corazón impecable y exento de todo pecado. De David dice la Escritura que era un hombre según el corazón de Dios. En efecto, Samuel comunica a Saúl que Dios ha decidido retirarle la realeza, para añadir a continuación: «El Señor se ha buscado un hombre según su corazón y le ha nombrado jefe sobre su pueblo, porque no has cumplido lo que te ordenó el Señor» (1Sam 13, 14-15; cf. Sal 89, 21; Is 44, 28). Los Hechos de los Apóstoles presentan a David como un hombre según el corazón de Dios. «Encontré a David, hijo de Jesé, hombre conforme a mi corazón, que cumplirá mis preceptos. Según lo prometido, Dios sacó de su descendencia un salvador para Israel: Jesús». (Hch 13, 22-23)

Samuel exhortaba a la casa de Israel a la conversión del corazón en estos términos: «Si queréis convertirlos de todo corazón al Señor, retirad de vosotros los dioses extranjeros y las astartés, disponed vuestro corazón hacia el Señor, servidle solo a él, y él os libraré de la mano de los filisteos». (1Sam 7, 3) Se trata de no apartarse del Señor y servirle con todo el corazón (cf. 1Sam 12, 19-25) No se trata, por tanto, de un ideal inaccesible, de un corazón exento de todo pecado, sino de un corazón sincero, leal, no dividido, servidor de Dios, sin cálculos interesados o fingidas piedades, el hombre que no jura para engañar, que obedece y, cuando no lo hace, pide perdón. El orante israelita sabe que un corazón puro es en realidad creación de Dios. Estamos en el terreno de la fe y no en terreno de moralismo o de un cierto pietismo; pero esto no quiere decir que no valoremos la mora y la piedad.

Misericordia, Dios mío, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa; lava del todo mi delito, limpia mi pecado. Pues yo reconozco mi culpa, tengo siempre presente mi pecado. Contra ti, contra ti solo pequé, cometí la maldad en tu presencia. En la sentencia tendrás razón, en el juicio resultarás inocente. Mira, en la culpa nací, pecador me concibió mi madre. Te gusta un corazón sincero, y en mi interior me inculcas sabiduría... **Oh Dios, crea en mí un corazón puro**, renuévame por dentro con espíritu firme... El sacrificio agradable a Dios es un espíritu quebrantado; un corazón quebrantado y humillado, tú, oh Dios, tú no lo desprecias. (Sal 51, 3-8.15.19; cf. Sal 24, 4-5; Prov 22, 11)

Los profetas y los salmos ponen el acento en la pureza del corazón, sin la cual los ritos de purificación carecen de valor. Pero más que de una perfección moral, se trata de una rectitud personal. Y esto es un verdadero don de Dios. Por ello el salmista suplica: «Oh Dios, crea en mí un corazón puro». El salmista nos reenvía así a lo anunciado por el profeta Ezequiel: «Derramaré sobre vosotros una gua pura que os purificará: de todas vuestras inmundicias e idolatría os he de purificar; y os daré un corazón nuevo, y os infundiré un espíritu nuevo; arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Os infundiré mi espíritu, y haré que caminéis según mis preceptos, y que guardéis y cumpláis mis mandatos. Y habitaréis en la tierra que di a vuestros padres. Vosotros seréis mi pueblo, y yo seré vuestro Dios». (Ez 36, 25-28) Es Dios, en última instancia, el que purifica el corazón y lo recrea. En esta perspectiva encontramos unas palabras muy significativas de Jesús invocando un texto del profeta Isaías:

Bien profetizó Isaías de vosotros, hipócritas, diciendo: “Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. El culto que me dan está vacío, porque la doctrina que enseñan son preceptos humanos”. Y, llamando a la gente, les dijo: «Escuchad y entended: no mancha al hombre lo que entra por la boca, sino lo que sale de la boca, eso es lo que mancha al hombre». Se acercaron los discípulos y le dijeron: «¿Sabes que los fariseos se han escandalizado al oírte?». Respondió él: «La planta que no haya plantado mi Padre celestial, será arrancada de raíz. Dejadlos, son ciegos, guías de ciegos. Y si un ciego guía a otro ciego, los dos caerán en el hoyo». (Mt 15, 7-14)

En una palabra. El Antiguo Testamento afirma: el corazón limpio, puro, noble, sencillo e íntegro es un verdadero don de Dios. El libro de la sabiduría invita a buscar a Dios con sencillez de corazón: «Amad la justicia, gobernantes de la tierra, pensad correctamente del Señor y buscadlo con sencillez de corazón. Porque se manifiesta a los que no le exigen pruebas y se revela a los que no desconfían de él. Los pensamientos retorcidos alejan de Dios y el poder, puesto a prueba, confunde a los necios». (Sab 1, 1-3) El corazón sencillo es plantado por Dios y el hombre debe cultivarlo a lo largo de su peregrinar en la historia. ¡Dichoso el que sirve al único Señor, el que posee una mirada limpia, el que avanza con sencillez y pone su confianza en el Señor! (cf. Mt 6, 22ss; 10, 16ss). En la oración podemos preguntarnos cómo avanzamos en esta perspectiva.

## II.- LIMPIEZA DEL CORAZÓN Y VISIÓN DE DIOS EN EL NUEVO TESTAMENTO

Las bienaventuranzas del reino de Dios, como sabemos, proponen una dicha que tiene su fuente en la presencia y misión de Jesucristo. Es una dicha actual y perenne, escatológica, de camino hacia su plenitud en la parusía. No es necesariamente una dicha sensible. Jesús la ofrece a los que ven, oyen y caminan con fe, a pesar de los padecimientos inherentes a la vida y misión de los discípulos del reino de Dios. Para vivir nuestra vocación santa de llevar el Evangelio al mundo, escuchemos lo que Pablo escribía a Timoteo:

No te avergüences del testimonio de nuestro Señor ni de mí, su prisionero; antes bien, toma parte en los padecimientos por el Evangelio, según la fuerza de Dios. Él nos salvó y nos llamó con una vocación santa, no por nuestras obras, sino por su designio y según la gracia que nos dio en Cristo Jesús desde antes de los siglos, la cual se ha manifestado ahora por la aparición de nuestro Salvador, Cristo Jesús, que destruyó la muerte e hizo brillar la vida y la inmortalidad por medio del Evangelio. (1Tim 1, 8-10)

La dicha que se nos promete es, por tanto, paradójica. Los ojos y los oídos de la fe, contemplan y escuchan ya la nueva creación, la «liturgia celeste», el triunfo y cántico del Cordero inmolado. El libro de la esperanza, el Apocalipsis, proclama cómo el triunfo de Cristo proporciona una dicha que alcanza el cielo y la tierra:

Y vi un cielo nuevo y una tierra nueva, pues el primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y el mar ya no existe. Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén que descendía del cielo, de parte de Dios, preparada como una esposa que se ha adornado para su esposo. Y oí una gran voz desde el trono que decía: «He aquí la morada de Dios entre los hombres, y morará entre ellos, y ellos serán su pueblo, y el “Dios con ellos” será su Dios». Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y ya no habrá muerte, ni duelo, ni llanto ni dolor, porque lo primero ha desaparecido. Y dijo el que está sentado en el trono: «Mira, hago nuevas todas las cosas». Y dijo: «Escribe: estas palabras son fieles y verdaderas». Y me dijo: «Hecho está. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tenga sed yo le daré de la fuente del agua de la vida gratuitamente. El vencedor heredará esto: yo seré Dios para él, y él será para mí hijo. Pero los cobardes, incrédulos, abominables, asesinos, impuros, hechiceros, idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda». (Ap 21, 1-8)

Fijemos ahora la mirada contemplativa en el corazón manso y humilde de Jesús, en sus palabras de vida. Él vivió su peregrinación por la tierra vivió con la conciencia de ser enviado al mundo por el Padre. A los que le criticaban respondió:

Está escrito en los profetas: “Serán todos discípulos de Dios”. Todo el que escucha al Padre y aprende, viene a mí. No es que alguien haya visto al Padre, a no ser el que está junto a Dios: ese ha visto al Padre. En verdad, en verdad os digo: el que cree tiene vida eterna. (Jn 6, 45-47; cf. 1, 1-18)

Él no hablaba por su cuenta. «Yo no he hablado por cuenta mía; el Padre que me envió es quien me ha ordenado lo que he de decir y cómo he de hablar. Y sé que su mandato es vida eterna. Por tanto, lo que yo hablo. Lo hablo como me ha encargado el Padre». (Jn 12, 49-50) Nada podía hacer por su cuenta propia: «En verdad, en verdad os digo: El Hijo no puede hacer nada por su cuenta sino lo que viere hacer al Padre. Lo que hace este, eso mismo hace también el Hijo, pues el Padre ama al Hijo y le muestra todo lo que él hace, y le mostrará obras mayores que esta, para vuestro asombro». (Jn 9, 19-20) A la suplica de Felipe, para que les mostrara al Padre, le replicó:

«Hace tanto que estoy con vosotros, ¿y no me conoces, Felipe? **Quien me ha visto a mí ha visto al Padre.** ¿Cómo dices tú: “Muéstranos al Padre”? ¿No crees que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? Lo que yo os digo no lo hablo por cuenta propia. El Padre, que permanece en mí, él mismo hace las obras. Creedme: yo estoy en el Padre y el Padre en mí. Si no, creed a las obras». (Jn 14, 9-11)

Jesús avanza con corazón íntegro, en la comunión y la obediencia al Padre, para llevar a cabo la obra a la que lo envió al mundo. Ungido con el Espíritu asumió los padecimientos del Siervo para aportar dar la buena nueva a los pobres de la tierra, la liberación a los oprimidos, la luz a los ciegos. ¡No dejemos de contemplar la misión del Señor!

Ahora pasemos a escuchar al Maestro que declara de forma significativa cómo y por qué son y serán bienaventurados los discípulos los que le conocen y caminan de acuerdo con el designio del Señor. «Bienaventurados vuestros ojos porque ven y vuestros oídos porque oyen» (Mt 13, 16) «¡Bienaventurados los ojos que ven los que vosotros veis!» (Lc 10, 23) «¡Bienaventurado, tú, Simón, hijo de Jonás!, porque esto no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos». (Mt 16, 17) «Mientras él hablaba estas cosas, aconteció que una mujer de entre el gentío, levantando la voz, le dijo: «Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te criaron». Pero él dijo: «Mejor, bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen». (Lc 11, 27-28) «Bienaventurado ese criado, si el señor, al llegar lo encuentra portándose así». (Mt 24, 46; Lc 12, 37.38.43) Jesús llama bienaventurados a los que dan gratuitamente: «Cuando des un banquete, invita a pobres, lisiados, cojos y ciegos; y serás bienaventurado, porque no pueden pagarte; te pagarán en la resurrección de los justos». Uno de los comensales dijo a Jesús: «¡Bienaventurado el que coma en el reino de Dios!»... (Lc 14, 14-15) «Bienaventurado el que no se escandalice de mí». (Mt 11, 6; Lc 7, 23) Resucitado de entre los muertos, Jesús dijo a Tomás: «Bienaventurados los que crean sin haber visto». (Jn 20, 28)

Al inicio del evangelio según san Lucas, el Espíritu Santo, por medio de Isabel, afirma bienaventurada a María por haber creído.

Aconteció que, en cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre. Se llenó Isabel de Espíritu Santo y, levantando la voz, exclamó: «¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? Pues, en cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. Bienaventurada la que ha creído, porque lo que le ha dicho el Señor se cumplirá». (Lc 1, 41-45)

El corazón limpio se caracteriza, ante todo, por fiarse plenamente de la palabra del Señor. Tal es la senda de los anawim, de los verdaderos pobres del Señor. No se apoyan en su hacer, sino en la palabra de Dios que tiene poder de realizar lo que enuncia. Ellos actúan como el niño que se fía plenamente de la palabra del padre, a quien da plena autoridad. Para entrar en el reino de Dios es preciso ser como un niño. Jesús, como lo recuerda el relato de las tentaciones en el desierto vive de la palabra. María creyó, se dejó hacer por la palabra de Dios y fue madre del Salvador. Hermano, hermana y madre de Jesús, el Hijo de Dios, es el que escucha la palabra y la pone en práctica.

San Pablo puede ayudarnos a comprender qué implica la bienaventuranza de los limpios de corazón. En la carta a los romanos no duda en afirmar que el hombre no hace siempre el bien que desea. Por ello decía: «¡Desgraciado de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte? ¡Gracias a Dios, por Jesucristo nuestro Señor! Así pues, yo mismo sirvo con la razón a la ley de Dios y con la carne a la ley del pecado». (Rom 7, 14-25) Y luego añade en la misma carta:

***Cuanto se dejan llevar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios.*** Pues no habéis recibido un espíritu de esclavitud, para recaer en el temor, sino que habéis recibido un Espíritu de hijos de adopción, en el que clamamos: «¡Abba, Padre!». Ese mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios; y, si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo; de modo que, si sufrimos con él, seremos también glorificados con él. Pues considero que los sufrimientos de ahora no se pueden comparar con la gloria que un día se nos manifestará. Porque la creación, expectante, está aguardando la manifestación de los hijos de Dios; en efecto, la creación fue sometida a la frustración, no por su voluntad, sino por aquel que la sometió, con la esperanza de que la

creación misma sería liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. (Rom 8, 14-21)

El apóstol es consciente, por una parte, de su fragilidad e incapacidad para superar por él mismo la contradicción que le aflige; pero, por otra parte, es consciente que en la medida que se deja conducir por el Espíritu es ya hijo de Dios. Así lo atestigua el Espíritu a nuestro espíritu. De este modo somos reenviados a lo que ya vimos en la primera carta de san Juan. Ya somos hijos en el Espíritu de santidad, aun cuando vivamos la contradicción en nuestro interior. En este sentido, conviene, una vez más, recordar lo que el apóstol Juan afirma también en su primera carta:

Este es el mensaje que hemos oído de él y que os anunciamos: Dios es luz y en él no hay tiniebla alguna. Si decimos que estamos en comunión con él y vivimos en las tinieblas, mentimos y no obramos la verdad. Pero, si caminamos en la luz, lo mismo que él está en la luz, entonces estamos en comunión unos con otros, y la sangre de su Hijo Jesús nos limpia de todo pecado. Si decimos que no hemos pecado, nos engañamos y la verdad no está en nosotros. Pero, si confesamos nuestros pecados, él, que es fiel y justo, nos perdonará los pecados y nos limpiará de toda injusticia. Si decimos que no hemos pecado, lo hacemos mentiroso y su palabra no está en nosotros. Hijos míos, os escribo esto para que no pequéis. Pero, si alguno peca, tenemos a uno que abogue ante el Padre: a Jesucristo, el Justo. Él es víctima de propiciación por nuestros pecados, no solo por los nuestros, sino también por los del mundo entero. (1Jn 1, 5-2, 2)

El corazón limpio o puro mientras peregrinamos en la historia, bien podemos decir, por tanto, equivale de algún modo a un corazón íntegro, humilde y sencillo. Un corazón realmente filial que se deja purificar por la acción divina, disponiéndose así a disfrutar un día de la plena visión de Dios, que ya preparamos en el estudio y contemplación de nuestro Señor Jesucristo en las Escrituras, la Eucaristía, la vida de la Iglesia y de los hombres. Luego seremos semejantes a Dios y participaremos plenamente de la comunión del Padre y el Hijo en el Espíritu Santo. Pero esta plenitud de vida, quiero insistir en ello, ya la preparamos de alguna forma en medio de las luchas y pruebas cotidianas. El que se deja conducir por el Espíritu, como un verdadero niño, ese es realmente hijo de Dios y verá a Dios. ¡Es ya bienaventurado mientras se encamina hacia la plena realización de la promesa del Señor!

### **III.- LIMPIOS DE CORAZÓN EN LA SECULARIDAD.**

En el evangelio según san Lucas, el comentario a la parábola del sembrador concluye con estas palabras altamente significativas, referidas a la tierra que fructifica el ciento por uno: «Lo de la tierra buena son los que escuchan la palabra con un corazón noble y generoso, la guardan y dan fruto con perseverancia». (Lc 8, 15) Es otra forma, en mi opinión, de hablar del corazón limpio al que se le promete ver a Dios. Pues bien, veamos cómo cultivar ese corazón, que, en última instancia, es un auténtico don de Dios.

#### ***1.- La importancia de mantener una actitud de silencio, escucha y discernimiento.***

En medio de la agitada vida del mundo, del torrente de informaciones y opiniones, es decisivo mantener una actitud permanente de silencio, escucha y discernimiento. No se trata, claro está, de replegarse sobre uno mismo; pero sí de aprender a escuchar la voz del Señor en el trasiego de la existencia, a fin de descubrir el camino a seguir para que su

palabra produzca fruto bueno, abundante y perenne en nosotros y, a través de nuestro estilo de vida, palabra y acción, en la sociedad secular.

Para avanzar en este sentido es necesaria la ayuda y el apoyo de los hermanos y hermanas de camino. Somos discípulos del Señor en comunidad. También es conveniente contar con un buen consejero, lo cual no siempre es fácil. En el libro del Eclesiástico encontramos esta espléndida recomendación a la hora de elegir consejero.

***Todo consejero da consejos, pero hay quien aconseja en su interés.*** Ten cuidado con el consejero, entérate primero de qué necesita, porque en su propio provecho te aconsejará; no sea que eche sobre ti la suerte y te diga: «Vas por buen camino», y luego se quede esperando para ver qué te sucede. No te aconsejes con quien te mira de reojo, y esconde tus proyectos a los que te envidian. No te aconsejes con una mujer sobre su rival, con un cobarde sobre la guerra, con un negociante sobre el comercio, con un comprador sobre la venta, con un envidioso sobre la gratitud, con un tacaño sobre la generosidad, con un perezoso sobre trabajo alguno, con un empleado eventual sobre el fin de una obra, con un siervo holgazán sobre una gran tarea: no cuentes con ninguno de ellos para un consejo. ***Recorre siempre a un hombre piadoso, de quien sabes seguro que guarda los mandamientos, que comparte tus anhelos y que, si caes, sufrirá contigo. Atiende al consejo de tu corazón, porque nadie te será más fiel. Pues la propia conciencia suele avisar mejor que siete centinelas apostados en su torre de vigilancia. Pero, sobre todo, suplica al Altísimo, para que dirija tus pasos en la verdad.*** (Ecl 37, 7-15)

## ***2.- Cultivar la sencillez e integridad en la verdad y las relaciones***

El autor de la carta a los Hebreos exhortaba a sus destinatarios con estas palabras, muy importantes, a mi juicio, para hoy día: «No os dejéis arrastrar por doctrinas complicadas y extrañas; lo importante es robustecerse interiormente por la gracia». (Heb 13, 9) Vivimos en una sociedad multicultural y marcada por la «dictadura del relativismo», en expresión de Benedicto XVI. Como consagrados en la secularidad estamos llamados a dialogar con todos, manteniendo unas relaciones de amistad y real fraternidad; pero desde una clara identidad y firmes en la Verdad con mayúscula. Dios es el Verdadero. Cristo es la Verdad. El Espíritu Santo es el que nos conduce a la Verdad plena. La verdad tiene su origen en Dios y no en nosotros. ¡El hombre no es el creador de la verdad.

Para avanzar en el diálogo de la salvación es necesario cultivar una gran sencillez e integridad de corazón. El testigo de la verdad no busca imponerla, pero la proclama con su vida y palabra. El corazón sencillo e íntegro da razón de su esperanza con respeto, amor y valentía. La primera carta de Pedro nos da este: Que vuestro adorno sea «la profunda humanidad del corazón en la incorruptibilidad de un espíritu apacible y sereno; eso sí que es valioso ante Dios». Y más adelante, en medio de las pruebas, añade: «Glorificada a Cristo el Señor en vuestros corazones, dispuestos siempre para dar explicación a todo el que os pida una razón de vuestra esperanza, pero con delicadeza y con respeto, teniendo buena conciencia, para que, cuando os calumnien, queden en ridículo los que atentan contra vuestra buena conducta en Cristo». (1Pe 3, 3-4.15-16)

No debemos confundir el diálogo de la salvación con la simple conversación o la negociación, al estilo de los políticos. Dialogar es dejarse hacer por la Verdad. El «Logos encarnado», en quien creemos, nos ha dicho: «Yo soy el camino, la verdad y la vida». Con sencillez e integridad estamos llamados a ser sus testigos en amistad y fraternidad en la convivencia social, en las estructuras seculares, así como en el seno del pueblo de Dios. Así haremos verdadero camino sinodal dentro y fuera de la Iglesia.



### **3.- Reconocer nuestros errores y limitaciones**

La persona sencilla e íntegra no duda en reconocer sus errores, limitaciones y debilidades. Una de las tentaciones de la actual mentalidad consiste en buscar un chivo expiatorio, a quien cargar la culpa de lo sucedido. Nos resistimos a reconocer que todos contribuimos, de una forma u otra, al pecado del mundo, a la injusticia social, a resquebrajar la fraternidad. Y esto es verdad tanto en la sociedad como en el pueblo de Dios, sin excluir, por supuesto, las comunidades eclesiales y fraternidades carismáticas. Todos, necesitamos decírnoslo, con sencillez y verdad, somos pecadores; y con nuestro pecado socavamos, queriendo o sin querer la comunión, la participación y el mismo anuncio del Evangelio. Es preciso tenerlo en cuenta para hacer camino juntos, para una real sinodalidad.

### **4.- Ser bondadosos con todos**

La persona de corazón puro jamás se sitúa como juez de los demás. No dice que está bien lo que está mal, pero sabe perdonar y comprender la fragilidad ajena y propia. Por amor y con amor corrige para andar juntos el camino de la verdad liberadora. Jesús corregía a unos y otros con amor, como lo muestra su relación con los discípulos. En la cruz pedía al Padre el perdón para todos, incluidos los que lo habían entregado, juzgado, condenado y crucificado. Entre ellos estaban también los que le abandonaron. Todos hemos sido rescatados del pecado. Por ello estamos llamados a ser bondadosos con los demás. San Pablo se presenta como el primero de los rescatados por el amor de Cristo. Era consciente de que no siempre hacía el bien que deseaba. He aquí dos textos significativos del Apóstol de las gentes:

Doy gracias a Cristo Jesús, Señor nuestro, que me hizo capaz, se fió de mí y me confió este ministerio a mí, que antes era un blasfemo, un perseguidor y un insolente. Pero Dios tuvo compasión de mí porque no sabía lo que hacía, pues estaba lejos de la fe; sin embargo, la gracia de nuestro Señor sobrealbundó en mí junto con la fe y el amor que tienen su fundamento en Cristo Jesús. Es palabra digna de crédito y merecedora de total aceptación que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, y yo soy el primero; pero por esto precisamente se compadeció de mí: para que yo fuese el primero en el que Cristo Jesús mostrase toda su paciencia y para que me convirtiera en un modelo de los que han de creer en él y tener vida eterna. Al Rey de los siglos, inmortal, invisible, único Dios, honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén. (1Tim 1, 12-17)

En efecto, según el hombre interior, me complazco en la ley de Dios; pero percibo en mis miembros otra ley que lucha contra la ley de mi razón, y me hace prisionero de la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Desgraciado de mí! ¿Quién me librerá de este cuerpo de muerte? ¡Gracias a Dios por Jesucristo nuestro Señor! Así pues, yo mismo sirvo con la razón a la ley de dios y con la carne a la ley del pecado. (Rom 7, 22-25)

### **5.- La transparencia de corazón**

El corazón puro no debe confundirse con un cierto pietismo. Los ojos y oídos de la fe ven y escuchan la realidad de acuerdo con el designio del Dios creador y salvador. Todo lo que Dios creó, como afirma la Escritura es bueno y bello. «Y vio Dios que era bueno». «Vio Dios todo lo que había hecho, y era muy bueno». Sólo Dios puede juzgar su obra; y no nosotros. A veces esto lo olvida un falso pietismo. El corazón puro y transparente no confunde la realidad con la idea que él se ha hecho de ella. No podemos menospreciar el mundo y la vida de los hombres y mujeres de nuestro tiempo. He aquí una caricatura del menosprecio del mundo en nombre de una cierta espiritualidad.

Se trata de una monja virtuosísima que, tras la muerte, se enfrenta al juicio divino:

«Y el Señor habló:

–Conozco tu amor hacia mí –le dijo–; quiero ahora oír lo que piensas de la vida que te he dado y del mundo de donde vienes.

–Señor, suspiró la santa mujer, ¿cómo evocar ahora lo que, ante ti, me parece, más que nunca, lugar de horrible destierro?

Plugo al Altísimo la respuesta; pero insistió amorosamente.

–¿Cómo juzgaste a los humanos?

–Siempre les creí, Señor, viles criaturas, manchadas por el lodo del pecado, revolcándose en sus propias miserias, ignorantes de su infinita pequeñez y de su maldad enorme.

–Sí, sí –asintió Dios, paternal, sin ira–; es tremenda esa gente, es incorregible. Pero sin duda existen entre ellos seres hermosos y gallardos, capaces de inspirar una santa admiración.

–Pequeños bienes son los de la belleza y la gallardía, Señor, que envanecen a quienes los poseen y que el tiempo o una enfermedad destruyen.

–Verdad es. Mas a caso entre tus amigos haya habitado un alma noble, un espíritu inteligente...

–Señor, yo he leído en el Kempis: “El que se aparta de sus amigos y conocidos consigue que se le acerquen Dios y los ángeles”. Yo he renunciado al engañoso trato de los hombres.

–Y el mundo? –inquirió, como si tratase de cambiar de tema–. La tierra misma, ¿qué te pareció?

–Valle de lágrimas, patria de afligidos, palenque de luchas, celda de mortificación.

–Sin duda..., sin duda... Pero hay también algunas cosas: una puesta de sol, las flores, ciertos paisajes...

–Yo he elegido para pasar mis días un lugar tan árido que ni la hierba acertaba a crecer.

–¿Por qué has elegido así?

–¿Para que buscar alegrías transitorias, Señor? Yo no apetecía más que arroyos de lágrimas para lavarme y purificarme en ellos.

–Y la fruta azucarada y madura, ¿no merece tu elogio? ¿No has clavado nunca tus dientes con delicia den la pulpa de un melocotón sazonado?

–He comido las negras hogazas y he repetido muchas veces la conmovida súplica del Profeta: “Dadme, Señor, a comer el pan de lágrimas y a beber en abundancia el agua de mis llores”. Siempre estimaré los deleites del paladar como una puerta para la tentación.

–Sí, pero... no tanto, no tanto...

–Observé abstinencias rigurosas, no salí de entre los muros de mi convento, no serví a mi cuerpo ni aprecié ninguna pompa humana.

–Bien, pero... no tanto, no tanto...

–Conocí , a través de muchas meditaciones, cuán hay de aflictivo en la miseria de vivir en aquel mundo.

–Basta! –ordenó Dios.

Y al resonar el divino mandato, enmudeció todo el Universo, y la excelsa abadesa humilló su empavorecida figura. La voz del que todo lo puede volvía a resonar, entre compasiva e indignada:

–¡Infeliz mujer! –dijo– ¿Cómo te atreves a juzgar así lo que es mi obra? Sólo has creído encontrar en la tierra negrura, y maldad, y dolores, y lágrimas. Siempre lágrimas: arroyos, lagos, océanos de llanto. Has cerrado voluntariamente tus ojos a lo que hice bueno, y de bello, y de gusto, y de amable, porque supiste que por ser hermoso y grato era pecador. ¿Cómo puedes denigrar mi creación sin pensar en que me denigras? Vuelve al mundo otra vez. Conócelo. Ama a un hombre, cuida una flor, gusta un fruto, llena tu corazón, hasta que rebose, de cariño a todo lo creado; desentraña y comprende la belleza que hay en la vida, la alegría que existe en vivir, y retorna entonces. He ahí mi sentencia.» (Texto de Wenceslao Fernández Flórez, citado por Luis González Carvajal, en *Cristianismo y secularización*.)